

elevaba al cielo su ferviente plegaria de lo que iba á pasarle!

Antes de referirlo veamos lo que habia ocurrido en la isla y cuál era la actitud del gobierno portugués y sus pensamientos respecto de Colon.

Capítulo XIX.

Las armas de la envidia.

El rey don Juan II no podia olvidar el desaire que Colon le habia hecho al brindarle su proteccion por medio de su emisario.

El amparo que le habian dispensado los Reyes Católicos habia despertado en él unos celos implacables, y ya vimos que al principio de su viaje tres carabelas acechaban la llegada de las del almirante para luchar con ellas y destruirlas si era posible.

El rey de Portugal, que comprendia la inmensa gloria que alcanzarían los Reyes Católicos si el proyecto de Colon obtenia un éxito favorable, seguia con el pensamiento á aquel audaz marino, y su desesperacion fué inmensa desde el momento en que el Océano se interpuso entre sus miradas y las carabelas que navegaban hácia el Nuevo-Mundo.

Los amigos de Colon ponderaban su génio, su

sabiduría, y de un momento á otro se aguardaba su llegada con la noticia del triunfo.

La ira de don Juan II habia llegado al colmo.

—No hay duda,—se habia dicho,—para volver tiene que tocar en alguna isla portuguesa.

Una idea siniestra cruzó por su imaginacion.

—Debo, ya que no puedo seguirle, acechar su vuelta.

Y al efecto envió emisarios secretos á los comandantes de las islas que poseia en el Océano, encargándoles que si llegaba á alguna de ellas Colon de regreso de su viaje, se apoderaran de él y de todos los que le acompañaran, llevándole con el mayor secreto á Lisboa cargado de cadenas.

El jefe de la isla de Santa María habia recibido tambien esta orden, y en honor de la verdad no le habia pesado mucho, porque, aunque habia conocido á Colon en Lisboa mientras el almirante estuvo casado con su primera esposa, la idea de extinguir la gloria, de ocultar al vencedor de las miradas de todo el mundo, de postergar al génio, le halagaba.

No sólo en Santa María, sino en las demás islas Azores hacia ya tiempo que se registraban hasta donde era posible todos los buques, se averiguaba escrupulosamente su paradero y se esperaba con ansia el regreso de Colon.

Quando Castañeda, en la tarde anterior al dia en que la mitad de los marineros fueron á dar gracias á la Virgen por su feliz arribo, cuando en la tarde anterior, repito, vió á los emisarios que envió Colon para

averiguar qué isla era aquella, y supo por ellos que tenia tan cerca la presa deseada, dispuso que á aquellos hombres se les tratara con el mayor agasajo para hacerles creer que iban allí á encontrar toda clase de auxilios, y caer á su tiempo sobre ellos para cumplir las órdenes de su soberano.

Despues de obsequiar á los enviados de Colon, les pidió que le escusaran con su jefe de no ir á verle y que le participaran que al dia siguiente iria.

Aquella noche convocó en su casa á los caciques de la isla que estaban al corriente de los deseos del rey, y con el mayor secreto, reunidos todos, les habló de la llegada de Colon y les excitó á que le ayudasen á apoderarse de él.

—La fortuna nos ha favorecido,—dijo,—no ignorais los vivos deseos que tiene el soberano de apoderarse de Colon. El buque que ha llegado á nuestro puerto es uno de los que llevó á la expedicion, y además he sabido que viene á bordo de él.

—¿No llevó tres?—preguntó uno de los circunstantes.

—Tres carabelas eran, pero á juzgar por lo que me han dicho los marineros que han bajado á tierra, una de ellas se rompió contra un banco de arena y la otra ha parecido á impulsos del último temporal.

—Lo que quiere decir que vienen de capa caída.

—No tanto, porque los marineros se han mostrado muy satisfechos de su viaje; dicen que han descubierto tierras muy ricas y que traen mucho oro.

—Pues entónces no hay más remedio que ir á buscarlos y traerlos.

—Yo soy amigo de Colon,—dijo Castañeda.—Le conocí en Lisboa cuando hace años estuvo allí, y no desconfiará de mí.

Iré á verles, exploraré el tiempo, me informaré de la gente que trae, de las armas con que cuenta, porque seria muy triste que fuéramos á atacarle y nos venciera.

No ignorais,—añadió,—que la gente con que contamos es poca y no muy fiel; por lo tanto, la astucia, la habilidad, debe suplir á la fuerza.

—Pues á mí me parece,—añadió un escribano muy entrometido que asistía á la junta,—que de todas maneras, lo mejor que podemos hacer es tenderle un lazo, porque de esta manera ganamos tiempo, y de la otra pudiera darse á la vela y no tenemos buques para perseguirle, porque unas cuantas lanchas no servirían de nada.

—En ese caso,—dijo Castañeda,—mañana le mandamos un recado diciéndole que yo me encuentro en cama, que no puedo ir á verle, pero que agradecería que viniera. Vendrá naturalmente, llegará hasta mi casa, y estando prevenidos algunos soldados, se apoderarán de él fácilmente. Una vez allí, le obligaremos á que firme una orden á todos los suyos para que vengán á la isla, y á medida que vayan tomando tierra, los aprisionamos.

—El medio es excelente.

—Sobre todo si sale bien.

—Pues nada, plantearle; porque la cuestion es que no pueda proseguir su viaje á no ser á bordo de algun buque portugués que le lleve en calidad de prisionero.

Convinieron en llevar á cabo este plan, y precisamente la persona que iba á llevar la súplica de Castañeda para que fuese á verle asistió al desembarco de unos cuantos marineros, los cuales le dijeron que iban á cumplir un voto con su jefe á la capilla inmediata.

Partió el enviado á comunicar esta noticia á Castañeda, el capitan convocó á sus *ad lateres* y de acuerdo con ellos dispuso que fuese un eclesiástico á la capilla para que vieran en esto una nueva muestra de amistad, y que miéntras estuviesen en la iglesia se apostasen los soldados convenientemente á la puerta para sorprenderlos y aprisionarlos á la salida.

Era natural que Colon fuese con la primera tanda, y una vez preso, los de la segunda, por medio de la fuerza ó de la astucia, caerían tambien en sus redes.

Los marineros que envió Colon, en tanto que él quedó á bordo de la *Niña*, penetraron en el templo; oyeron la misa con mucha devocion, y al salir se vieron rodeados de soldados, los cuales, apuntándoles con los arcabuces, les intimaron que se rindieran.

No tenían armas; vieron desde luego que su número era inferior al de los soldados, y no dudando que Colon los libertaria, se entregaron á discrecion.

Las rocas que se levantaban en la orilla del mar

y ocultaban detrás de ellas la capilla, fueron causa de que Colon no presenciase aquella inícuca traicion.

Pero pasó el tiempo y los marineros no volvian.

Les habia encargado que no tardasen para dirigirse á la capilla con los demás, y todos estaban impacientes al ver que no llegaban.

La perspicacia de Colon le hizo adivinar lo que pasaba.

Los portugueses eran sus naturales enemigos.

Por otra parte, pensó que durante su ausencia habian podido surgir enemistades entre el rey de Portugal y los de Castilla, y para convencerse de lo que acontecia zarpó y se dirigió hácia un punto desde dónde podia ver la capilla y la costa adyacente.

Precisamente en el momento en que llegaba vió al populacho y á los soldados en la playa, y notó que uno de ellos, que parecia su jefe, con algunos más entró en un bote y se dirigió hácia la carabela.

—Sin duda somos víctimas de una traicion,—dijo á los marineros que le acompañaban,—pero nosotros, que hemos resistido las tempestades del Océano, debemos resistir con mayor razon á ese puñado de bandidos que de una manera tan inícuca han aprisionado á nuestros hermanos y vienen sin duda con ánimo de apoderarse de nosotros tambien.

Armaos todos,—añadió,—acechad su llegada y á mi voz caed sobre ellos; porque si debemos perecer, que perezcamos con honra.

El bote se acercó y los que en él venian mostraban una actitud pacífica.

Entre ellos iba Castañeda, el gobernador de la isla, y al llegar á donde pudo ser oido:

—Deseo hablaros,—dijo á Colon,—pero como comprendéis, necesito antes de trasladarme á bordo de vuestra carabela que me garanticeis mi seguridad personal.

—¿Podeis dudarle un solo instante?—dijo Colon;—venid en buen hora y decidme qué habeis hecho de mis marineros, porque es muy extraño lo que sucede y necesito que me deis explicaciones.

Por más que Colon trataba de ocultar su indignacion, Castañeda, que era hábil y astuto, conoció que no le convenia confiar demasiado en el almirante, y dispuso mantenerse á una respetable distancia de él.

Esto bastó para que comprendiese Colon cuáles eran sus designios, y acusándole de perfidia y manifestando que su conducta no sólo era injuriosa para él, sino para los reyes de Castilla y Aragon, y hasta para el mismo rey de Portugal, que no podria autorizar una infamia como la que habia cometido, añadió:

—Sabed que yo soy almirante del mar Océano por nombramiento de los Reyes Católicos y virey de las Indias, lo cual puedo probaros si venís aquí mostrándoos las credenciales que me han dado para todos los soberanos, sus amigos y los gobernadores de las ciudades en donde me presente.

—¿Y qué probaria eso?—contestó Castañeda arrojando por completo la máscara.—¿Creeis por ven-

tura que el rey de Portugal y sus representantes pueden ni deben respetar los decretos de los reyes de Castilla?

Vos sois un visionario, un loco, y aunque procureis escaparos de mi poder será inútil, porque si gracias á vuestra astucia habeis podido presumir el lazo que os tendia y os habeis quedado á bordo, tengo fuerzas suficientes para venir aquí á apoderarme de vos y llevaros encadenado á un calabozo donde paseis el resto de vuestros dias.

Este altercado tenia lugar estando separados por bastante distancia los dos contendientes.

Colon hubiera podido muy bien castigar la osadía de Castañeda, pero quiso que la prudencia estuviera de su parte y contestando con desprecio á los insultos del gobernador de la isla de Santa María, le vió poco despues regresar á la playa.

Hubo un momento en el que Colon resolvió ir á tierra con los pocos hombres que le quedaban á luchar brazo á brazo con aquellos miserables que se habian valido de la traicion para apoderarse de sus compañeros.

Pero se levantó de pronto un temporal y no tuvo más remedio que abandonar el puerto, y dirigirse hácia la isla de San Miguel.

Durante dos dias estuvo en grave peligro la carabela.

Sólo se habian quedado á bordo tres marineros entendidos.

Los trabajos que pasó fueron muy grandes.

En la tarde del 23 de Febrero se calmó el temporal, y Colon, que no queria dejar á sus compañeros en la esclavitud, volvió de nuevo á la isla de Santa María.

Poco despues de su llegada al puerto salió un bote con dos eclesiásticos y el escribano que le habia ayudado á Castañeda á combinar su malévol plan.

Exigieren á Colon que les garantizase su seguridad personal, y despues de oir una respuesta afirmativa subieron á bordo de la carabela.

—Venimos,—dijo el escribano,—á daros cuantas satisfacciones querais y á manifestaros que cuando hace dos dias Castañeda quiso veros, vino con los mejores deseos.

Pero se le figuró que si subia á la carabela le aprisionariais, se acaloró y prorumpió en denuestos contra vos. Su arrepentimiento fué inmediato, y antes hubiéramos venido si antes os hubiéramos visto.

Hoy venimos nosotros autorizados por él, no para exigiros, sino para suplicaros que nos enseñeis las credenciales que teneis de los reyes de Castilla, asegurándoos que si son como indicásteis á Castañeda, si navegais como súbdito de los reyes de España, sereis recibido con los honores que merecen los súbditos de esa nacion hermana, y en esta isla se os prestarán cuantos auxilios necesiteis.

Por más que Colon comprendió desde luego que aquello era una estratagema, contuvo su indigna-

cion, satisfizo á los eclesiásticos y al escribano, los obsequió cuanto pudo, y éstos le prometieron que al día siguiente quedarían en libertad los marineros.

En efecto; al rayar el alba volvieron á los brazos de sus amigos, que les esperaban con ansia.

Durante el tiempo que habían estado presos, habían podido comprender de dónde partía la hostilidad del gobernador de la isla y no se lo ocultaron á Colon.

Dos días más permaneció en la isla de Santa María para proveerse de leña y lastre, y aprovechando un viento Sur favorable para su regreso á España, se dió á la vela el 24 de Febrero, y durante tres días tuvo buen tiempo.

Pero de nuevo se levantó viento contrario, y como si esto no bastase, á cosa de la media noche del día 2 de Marzo, despues de muchos días de desesperación, hirió súbitamente una ráfaga el buque, rasgándole todas las velas.

Colon se vió obligado á navegar á palo seco, como quien dice, en brazos de la muerte.

¡Mentira parece que tales fueran los obstáculos que se oponían á su deseado regreso á España!

El peligro fué mayor que nunca en aquellos momentos.

Los marineros sortearon de nuevo cuál de ellos debía ir en peregrinación á Santa María de Ceuta, y también tocó á Colon.

El Padre Las Casas, en extremo místico, considera en sus obras esta suerte del almirante como una

indicación de la Divinidad, dándole á entender que por él se levantaban aquellas tormentas para humillar su orgullo é impedir que se abrogase la gloria de aquel descubrimiento, obra prodigiosa de Dios, y de la cual no había sido más que un obediente instrumento.

La carabela volaba á impulsos de las olas, levantándose á grande altura y siendo combatida en todas las direcciones por el viento.

Llovia á mares; el trueno retumbaba en las concavidades del espacio, y los rayos y las centellas iluminaban con su cárdena luz el negro crespon que se extendía sobre el mar.

A favor de un relámpago vieron los marineros tierra; pero la tierra que con tanto afán deseaban, era entónces un nuevo peligro para ellos.

O el mar podía arrastrarlos á las costas, ó estrellarlos contra las rocas, y sus más dorados sueños se convertían en torcedores de su corazón.

Por fin el día 4 de Marzo, al romper el alba, se hallaban frente á frente de la roca de Cintra, en la embocadura del Tajo.

—¡Esto más!—exclamó Colon reconociendo el terreno,—la Providencia me ha salvado para arrojarme al seno de mi enemigo: ¡cúmplase su voluntad!

Colon no tenía más remedio que buscar asilo en las costas, y ancló poco despues del medio día enfrente de Rastelho, con gran satisfaccion de los navegantes, que prorumpieron al verse fuera del peligro en fervorosas oraciones á la Divinidad por haberles salvado la vida.